

XVIII.

XVIII. “RÉQUIEM” PARA DOS AMIGOS

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo -aquel que anteriormente había ido a verle de noche- con una mezcla de mirra y aloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. (Jn. 19, 38-40)

Señor, recibe estas reflexiones como un homenaje a tu muerte y a los que te acompañaron, mientras Tú ya no estabas entre nosotros. Sólo quedaba un cuerpo, que no era tu cuerpo viviente. Sólo quedaba un cadáver, que desaparecería cuando Tú resucitaras. Los que desclavaron tus clavos, descolgaron tu corona de espinas, aferraron tu espalda, doblaron tus brazos, sostuvieron tus piernas para que no rozaran por el suelo y llevaron el peso de Tu cadáver hacia el sepulcro son los de la hora séptima, octava y novena, después de Tu muerte.

Señor, el deseo de conocerte, no sólo va a tu palabra, quiere empezar desde tu historia, desde tus gestos y desde tus amigos, aquellos que estuvieron allí, en la hora del abandono, de la pérdida y amarga batalla. Ellos te han buscado, te han ofrecido algo de sí mismos; cuando todavía sus almas rebosaban de dudas, de sospechas contradictorias, mientras no podían creer a sus ojos, pero ya su corazón estaba cerca de Ti. Me refiero a Nicodemo y a José de Arimatea, ambos cultos y sinceros, ambos en la angustia de esperarte, sin comprenderte. Sin embargo, no se alejaron de ti. Vieron la borrasca arreciar y las olas del mal subirse al nivel del techo, sin conocer un antídoto; pudieron captar el veneno y reconocerlo, sin poder disolver su engañoso aroma.

Su espera del Hijo de Dios se hacía agobiante; lo imaginaban, lo reconstruían desde una historia cruenta, incapaces de ver alborear la paz. Las autoridades corruptas, los fanáticos soñadores, los interesados aprovechadores habían establecido una confederación en el crimen, en la manipulación de la fe, tanto que la verdad se hacía irreconocible. Nicodemo y José no tenían armas para resistir, no tenían un faro de luz que penetrara más allá de la barricada del mal; ellos eran la corriente, ¿cómo resistirse a la historia? Pero estabas Tú, imposible de seguir, pero también imposible de mal interpretar. Ellos se encontraron en la turbia asamblea, mientras todos gritaban: ¡Ha blasfemado, es reo de muerte! Ambos se miraron, se reconocieron; eran los únicos que no podían no creer en Él, no fiarse de su novedosa pero auténtica revelación.

Sin embargo, asustados, traumatizados por la imposibilidad de discernir una evidencia: entre las historias formalistas de la tradición y esa virtualidad extraña, que subvertía todos los conceptos del pasado. ¿Será de verdad? Las dos alternativas no sólo eran contrarias, tales que ofrecieran un lapso intermedio, una apertura dejada libre para medias medidas, para una especulación acuciosa que tranquilizara las conciencias. No. Las dos alternativas eran simplemente contradictorias, sin un resquicio entre el si y el no, el bien y el mal, el amor y el odio. Por esto ambos enmudecieron en la oscuridad. ¿Cómo declararlo Hijo natural del Dios Altísimo, si tal lo afirmaba; en contra de todo un mundo sagrado, que lo estigmatizaba y aunque corrupto lo condenaba? ¿O bien, aceptar su palabra y ver en Él lo invisible, la antítesis del dios poderoso y guerrero, de la sabiduría Salomónica y del Eclesiastés? ¿De todos los Rabbí y comentaristas?

Sólo les quedaba la pena atroz y silenciosa de lo inexplicable, para un judío observante. Ambos se acercaron, el uno al otro, en este conflicto compartido. Optaron por la única solución real: seguir viviendo y viendo el desenlace con el corazón cada vez más apretado, hora tras hora, escena tras escena. No había salida, no había verdad. Y la vida se extinguía. Sólo quedaba la posibilidad de estar viendo: Ver y sentir la carga agobiante del dolor y del mal, sin esperanza, sino horizonte. Así fueron unidos dos hombres, en el momento más explosivo de la tragedia. De un lado, el griterío de los lacayos del poder y, del otro, la desesperanza de quienes veían destruido su mundo exterior e interior.

Pero ese hombre, condenado, odiado, desollado y aplastado sobre el madero, todavía reclamaba una fe, entregaba un caudal inmenso, todo un río de amor

una fuerza oculta que amenazaba despertar de entre los escombros. Ustedes dos lo vieron con la misma apretazón en el alma. Vieron la llama apagarse silenciosamente, con repentinos relámpagos en la voz y en el espíritu. ¿Era esta una muerte o un holocausto? ¿Era una destrucción de la nada o una creación del todo? Ambos se vieron arrastrados hacia ese cuerpo que exhalaba el último respiro, que todavía vibraba en sus tendones destrozados, sus nervios sobrecargados de electricidad y dolores agudizados hasta el espasmo final. Y fueron hacia Él. Las mujeres lloraban, los amigos de Él iban perdiendo la memoria, la confianza, el sentimiento. Y veían su alma desmantelada, reseca como las rocas de ese desierto. Era el final de un sueño, la destrucción de una esperanza, la muerte del amor. No quedaba nada; ni una idea, ni un sentimiento, ni la piedad, ni la gratitud: Nada de Él quedaba, de una vida que había muerto con Él.

Pero ustedes no eran sus discípulos; no eran parte del gremio religioso que Él había cultivado y hecho florecer. Ustedes eran laicos, lo veían desde el pasado de Israel, desde las nieblas de los profetas. No lo habían condenado, ni lo habían salvado, ni defendido. Ahora que ha muerto es todavía una basura humana, un escombros de la misma especie. Por esto se encontraron los dos frente a la cruz y, como buenos laicos, vieron la necesidad de la acción. Fueron donde el romano, ofreciendo sus servicios para lavar la sangre, recoger los restos, sepultar el cadáver. No tuvisteis miedo. ¿Miedo de qué? ¿De perder la vida? ¿De perder los bienes? ¿De perder su posición social? ¿La alianza de los condenadores? Todo esto había estallado, sin dejar nada. Nada de nada. Nada qué perder. La nada cubría ahora, todas las cosas humanas y divinas.

“José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús.” (Jn. 19, 38) No le importó tener que exponerse, a que lo señalaran como amigo del crucificado. Recordó el ejemplo de Tobías, quien escondía los cadáveres en su propia casa, para darles sepultura. Nadie tendría derecho a reclamarle este acto supremo de misericordia. “Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo, con una mezcla de unas cien libras de mirra y aloe.” (Jn. 19, 38-39) Todo fue ejecutado con el mayor cuidado para cumplir con las costumbres. “Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas, con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar.” (Jn. 19, 40) Ningún otro amigo, ni discípulo fue nombrado. Para ellos había desaparecido, el cadáver

no tendría ningún valor. Ustedes dos lo vieron por última vez y sintieron el frío de su carne y la lejanía de su espíritu. Sólo quedaba esa cosa muerta en la cueva de roca, sin vida, sin nombre.

Le diste sepultura sin que esto significara ninguna cosa. Era como limpiar la sangre de un asesinado, del que todos eran culpables y que nadie nunca podría reivindicar. Era el fin de la historia: Desde Abraham, a Moisés, a David y sus descendientes; sin que ninguna otra historia hubiera empezado. Sólo quedaba este pequeño acto de amor, entre dos vacíos, dos mundos, ambos muertos. Cuando rodaste la piedra frente a la puerta, todo estaba realmente terminado. La escena final, la describe Juan: “En el lugar donde había sido crucificado había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo en el que nadie todavía había sido sepultado.” (Jn. 19, 41) Y Mateo aclara de que se trataba de “su propio sepulcro, que había hecho excavar en la roca”. (Mt. 27, 60) Esto fue lo único que te quedó de Él, José de Arimatea. Como que te apoderaste de lo que quedaba de Él, lo tuviste en tu propio sepulcro. Pero no fue ningún regalo. Sólo la maldita prisa de terminar, porque “era el día de la Preparación y ya apuntaba el sábado” y el sepulcro estaba cerca. Fue un trabajo de hombres. Había que cumplir con todos los detalles. Desafortunadamente Él no se daría cuenta de vuestra amistad fiel, porque estaba muerto. Pero les dejaba un recuerdo, en esta colaboración entre ti, José de Arimatea y Nicodemo; un enlace que nunca se rompería: unidos en un sólo dolor, la muerte de un hombre, que bien podría ser, el Mesías de la promesa, el cordero pascual de Israel, inmolado muy cerca de una esquina del Templo, sin saber realmente qué significaba todo este misterio.

“Luego hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fue.” (Mt. 27, 60) No hubo saludos, ni cantos, ni salmos. Únicamente un vacío en el alma. Ni los Evangelistas se recuerdan ya de ustedes, ni para decir que lo vieron resucitado pero, nosotros, hoy no podemos olvidar quien sepultó al Señor, ni borrarlos de la memoria, ni eliminarlos de la escena de la cruz. Siempre seguirán viviendo este infinito instante: El de estar con la cruz y el Cristo, desclavar los clavos, romper los leños, deslizar el cuerpo por la sábana. Gracias amigos laicos, extraños, desesperados, por estar cerca de Él.

A lo lejos estaban algunas mujeres: “Las mujeres que habían venido con Él desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo.” (Lc. 23, 55) Quizás este pequeño grupo de mujeres sean el enlace

con ustedes dos; entre los amigos extraños y fieles, y los discípulos instituidos e infieles. Ellas se pusieron en el medio. Vieron cuando se corrió la piedra y cuando ustedes en silencio abandonaron el lugar. También ellas se marcharon. Quedaron sólo dos: “Estaban allí María Magdalena y la otra María frente al sepulcro.” (Mt. 27, 61) No se podían mover, porque su corazón estaba sepultado con Él. Lo cual era insensato, porque allí dentro ya no quedaba nada. Esta fue la última imagen de este viernes trágico y sangriento, el sepulcro sellado, silencioso y dos mujeres enamoradas, sin esperanza.

Y ustedes se marcharon; simplemente se fueron, desaparecieron para siempre de esta historia, que un pequeño grupo de mujeres se encargaría de continuar. De las mujeres y de los discípulos se dice que lo vieron resucitado, pero de ustedes ninguna mención. Ahora que Él estaba vivo, no tenían ninguna importancia los que habían tenido piedad de su cadáver y se habían manchado las manos con su sangre recién derramada. Sin embargo, Él no os olvidó. También lo visteis el día de Pascua; sin haber regresado al sepulcro para ver los sellos quebrados y las vendas tiradas al suelo. Lo visteis a Él, en su gloria, en su vida rescatada. Pero no fue un premio. Únicamente la confirmación de que Él vivía y que vuestra fe encerraba la verdad. Sin embargo, no dejasteis de sentir el cuerpo de ese hombre muerto sobre vuestras espaldas, el frío de sus brazos y piernas en vuestras manos. Él no vino para quitarles ese dolor, sino para decirles que esto era sólo el comienzo de lo que les esperaba más adelante. Para decirles que seguiríais sufriendo para Él. Ya no les pedía un pedazo de roca excavada, un lienzo o unas libras de perfumes. Lo que les pediría sería vuestro testimonio y un amor sin límites. Pero este amor se fundaría en una fe que les daría la seguridad de la verdad de Dios.